ABC

Jack y Charmian London
En la imagen, el el norteamericano con su segunda esposa, también escritora, durante un viaje que hicieron a Hawái

Llega a España la recopilación de los cuentos del escritor norteamericano, maestro del genéro de aventuras

Jack London, salvaje y completo

BRUNO PARDO PORTO MADRID

Con apenas ocho primaveras Jack London devoró una novela que jamás olvidaría. Era la historia de un joven campesino italiano sin estudios ni recursos que se convertía en un famoso compositor de ópera. Él también era pobre y algo le removieron dentro aquellas páginas porque tiempo después, ya como escritor consolidado (y adinerado), admitió que no hubiese llegado a ningún lugar sin haber leído «Signa», de Ouida. Mencionó, además, la suerte, la salud, su buena cabeza y su precocidad con la pluma. Con esas armas se enfrentó a un destino cruel, que dibujó un camino sospechosamente parecido al de aquel músico italiano: ese que le llevó desde la fábrica en la que trabajaba con catorce años al estrellato literario, pasando por los escenarios y vivencias más estrambóticas, como la pesca furtiva de ostras, la búsqueda de oro en el río Klondike o su frustrada experiencia como vagabundo. Con todos estos golpes que le dio la vida, el estadounidense construyó una obra salvaje, que exploró los límites de lo humano en casi 200 cuentos, escritos en solo 23 años de oficio autodidacta. Ahora, estos llegan por primera vez a España recopilados, en una edición de tres tomos, traducidos por Susana Carral. El primero, «Cuentos Completos I (1893-1902)» (Reino de Cordelia) se acaba de publicar.

London escribió en los años del auge de la narrativa breve en Estados Unidos, un momento (el salto del siglo XIX al XX) en el que «las marcas comerciales encontraron en las revistas literarias el canal ideal para publicitar sus productos entre el gran público», tal y como explica en el prólogo Jesús Egido, editor de la obra. En este ambiente, toda una generación de autores tuvo el lujo de vivir del cuento, pero London fue el pionero de los Hemingway y Fitzgerald que llegarían después. Sus primeros trabajos, que datan de la última década del XIX, fueron mutilados o rechazados por editores que cortaban todo aquello que no casase con «el estilo de la casa». Él aceptaba (entonces lo importante era no morirse de hambre), pero siempre tuvo el tino de guardar sus originales. Estos son los que ahora se presentan, incluyendo 36 historias inéditas.

En ellos ya se nota la pulsión entre los intereses comerciales y sus aspiraciones artísticas, una tensión que lo acompañaría durante toda su carrera. Siempre quiso conocer los gustos de los lectores al mismo tiempo que exploraba nuevos territorios creativos, tocando temas tan atractivos como insólitos para el lector de entonces, puliendo su estilo hasta conseguir que cada frase sangrase por cuenta propia. Aunque a veces renegó de este fructífero baile («no hagáis lo que yo hago, haced lo que yo os digo», decía a sus pupilos, preocupado por no ser fiel a sus principios), lo cierto es que consiguió llevar a la literatura norteamericana a nuevos lugares. Escribió sobre alcoholismo, enfermedades mentales, boxeo, tauromaquia, ecología, extraterrestres, socialismo, explotación sexual y un sinfín de asuntos más. Tuvo la habilidad de moverse en diferentes registros, pero será recordado por sus aventuras, por esas historias donde los personajes sobreviven a la naturaleza extrema, por su talento para describir los límites donde la vida se estrecha pero brilla más que nunca. «Es el gran narrador de aventuras, el que lleva ese género a la gran literatura, el que lo sacraliza», resume el escritor Luis Alberto de Cuenca, que lo sitúa entre los cuatro grandes escritores de la narrativa breve universal, junto con Guy de Maupassant, Chéjov y Poe.

Credibilidad

Las mejores aventuras de sus cuentos fueron antes vivencias, que dotaron a su voz de una credibilidad difícil de alcanzar para el que solo imagina. En London, lo que no te mata te da historias. Así construyó la fría saga del Norte, presente en este volumen, que alberga alguna de las joyas que lo lanzaron al éxito como «El silencio blanco» o «Encender una hoguera». Para forjarlas, acudió a las penurias de su participación en la fiebre del oro de Klondike, donde soportó temperaturas gélidas que le cubrieron el cuerpo de llagas y le reportaron dolores terribles en la cadera y en los músculos de las piernas. «En el Klondike me encontré a mí mismo. Allí se ven las cosas con perspectiva», confesó en su día.

Con ese pulso logró escalar desde el umbral de la pobreza en el que había nacido hasta convertirse en uno de los escritores más cotizados de su tiempo. Huyó de la ciudad y se instaló en el campo, donde cultivó ideas ecologistas (en esto también fue un adelantado) que impregnarían buena parte del resto de sus escritos. Ya en las cimas del éxito empezó a coleccionar malas decisiones y botellas vacías. La calidad de su prosa bajó mientras se acercaban sus últimos días, en los que se limitaba a escribir encargos y a desarrollar ideas de otros. El 22 de noviembre de 1916 se despedía de este mundo, no sabemos si a través del suicidio o debido a un fuerte ataque de uremia. No llegó a soplar más de 40 velas, pero en su corta vida se convirtió en un monstruo del cuento.

Narrador torrencial

Jack London (1876-1916) fue un escritor compulsivo y autodidacta que, en poco más de 20 años de oficio, alumbró casi 200 relatos.

Fue el puente entre la literatura victoriana del XIX y la generación perdida de Hemingway y Fitzgerald.

Dominó la distancia del cuento, un género en el que consiguió experimentar con la temática sin renunciar nunca al gran público.

Su biografía se ve en toda su obra. Fue un narrador veraz que utilizó sus aventuras (y desventuras) como materia prima para sus ficciones.

«Cuentos completos»

Jack London. «Cuentos Completos I (1893-1902)». Reino de Cordelia. 824 páginas. 36,95 euros.